

LA SENSIBILIDAD POR LA VIOLENCIA COMO EXPERIENCIA CULTURAL Y EDUCATIVA EN SOCIEDADES DE DESIGUALDAD. EL CASO DE LOS JÓVENES

Carina V. Kaplan*

Las percepciones e imágenes que las sociedades tienen sobre la violencia están vinculadas a una cierta *sensibilidad* de época. Los umbrales de tolerancia, las emociones de miedo, los sentimientos de vergüenza y los comportamientos inciviles constituyen una experiencia sociocultural vinculada a los modos en que se fabrican las subjetividades contemporáneas. La cultura del miedo, en su faz discursiva, emotiva y práctica, se ha ido transformando conforme mutan las sociedades.

La sensibilidad refiere al modo peculiar en que cada sociedad de individuos comprende simbólicamente el mundo, donde lo objetivo y lo subjetivo se imbrican necesariamente: percepciones, miradas, imágenes, pasiones, sentimientos, creencias, concepciones y discursos.

Las prácticas de autocontrol son el resultado de un proceso de socialización de toda la vida donde el sujeto trabaja consigo mismo para ir interiorizando modos de atenuar y reprimir sus instintos y aprender a con-vivir (vivir juntos). Esta afirmación es central para comprender la dinámica de la producción y reproducción de los comportamientos sociales y, además, le confiere preeminencia a las instituciones socializadoras: habitar junto a otros es un aprendizaje que vamos haciendo en todas las instancias de contacto con otros y a lo largo de nuestra existencia.

Así, la sensibilidad por la violencia se despliega y adquiere su sentido más profundo en el marco de procesos de fragmentación, descivilización, polarización y de intensas desigualdades que caracterizan a nuestras

* Conicet/UBA/UNLP, Argentina. E-mail: carinak@ciudad.com.br

sociedades. La desigualdad está en la base de la emergencia de comportamientos individuales y colectivos asociados a la violencia.

Es importante precisar que entender la violencia dentro de las profundas desigualdades no implica atribuirla a la pobreza ni a los sujetos atravesados por ella, como tampoco a cualidades personales ni intrínsecas de ciertos individuos o grupos, sino que atraviesa configuraciones y relaciones de poder en cada institución, cultura, nación. La violencia es una cualidad relacional y de ningún modo esencial.

Asimismo, la experiencia de la sensibilidad de la que hablamos no debe confundirse con el discurso ideológico sobre los denominados "sentimientos o sensaciones de inseguridad" que tiene una matriz sociopolítica y sociocultural punitiva y judicializante al asociar mecánicamente violencia y delito, que se extiende para tratar prácticas cotidianas específicas concernientes al ámbito de la educación escolar.

Desde ya que las formas de sensibilidad de nuestra época están atravesadas por la doxa criminalizante dominante pero no se reduce a ella y, además, existen otras perspectivas en la lucha simbólica por la imposición de sentidos y significados. Es preciso analizar y descomponer esos discursos, prácticas y su matriz para comprender nuestra sensibilidad contemporánea.

Para ello, es crucial ser conscientes de una de las características centrales de las formas de la sensibilidad y es la de que se transmiten y se van aprendiendo *de generación en generación*. Digamos que *el aprendizaje y el traspaso intergeneracional* ocupan un lugar fundamental en la fabricación subjetiva de la sensibilidad social por la violencia.

Otra nota característica de esta sensibilidad por la violencia es que tiene un sentido *procesual* en la medida en que no es una experiencia invariable y mucho menos fatal. Tampoco lo es el control de las pulsiones espontáneas. El movimiento de las formas de expresión de lo pulsional de tipo espontáneo y abrupto hasta las formas más controladas o

auto-coaccionadas, y nuestra sensibilidad actual en lo que concierne a la violencia, no tiene un estatuto fijo y se altera, muta. Puede retroceder, incluso perderse. De hecho, los procesos civilizatorios admiten constitutivamente momentos descivilizatorios.¹

Si las prácticas de heterocoacción y las de autoacoacción se fueran atenuando y no se traspasaran ni se aprendieran a través del vínculo intergeneracional, podríamos hipotetizar que la sensibilidad por la violencia iría reduciéndose e incluso podría perderse. De hecho, hay esferas de lo social en las que esta sensibilidad ha ido disminuyendo o no se ha alcanzado, al no mediar la transmisión intergeneracional. En consecuencia, es preciso advertir que la dinámica de los procesos de autorregulación de los individuos y de pacificación social es siempre contradictoria y nunca inexorable.

Al ser una experiencia *cultural y educativa*, la sensibilidad por la violencia no es una propiedad fija. La violencia hoy es a la vez un asunto público y una inquietud personal de nuestra época. Y no ha sido del mismo modo en todas las épocas ni en sociedades particulares. En "La soledad de los moribundos" Norbert Elias inicia su argumentación recordándonos que desde hace milenios la función central de la convivencia social entre los hombres era protegerse del exterminio. Así, nos permitimos admitir otro de los rasgos de la sensibilidad por la violencia que consiste en considerarla como hecho cultural, por consiguiente en permanente cambio, ligada en su génesis a los procesos civilizatorios de pacificación en los inicios de las sociedades estatales y a los procesos de urbanización.

En definitiva, digamos que no siempre nos conmovió (mover los cimientos) la violencia del mismo modo ni con la misma intensidad que hoy y tampoco podemos anticipar qué percibiremos más adelante. La sensibilidad por la violencia es, entonces, biográfica e histórica y lo es en el entramado de configuraciones particulares donde expande su sentido más misterioso. Para comenzar a reconstruirla elegimos el caso de los jóvenes dado que en

La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes

Carina V. Kaplan

nuestra época el discurso de la violencia los coloca en un lugar cardinal. Intentaré mostrar de qué forma existe una asociación fuerte entre jóvenes y violencia que atraviesa gran parte del contenido de los mensajes e imágenes que predominan en nuestro pensamiento social y que adquieren un sentido práctico.

La sensibilidad por la violencia: el caso de los jóvenes

Habiendo destacado una serie de rasgos de la configuración de la sensibilidad como hecho sociocultural, compartiré ahora unas reflexiones que me ha suscitado el análisis de ciertos componentes de la sensibilidad sobre la violencia, a partir de los resultados que hemos obtenido de un extenso trabajo de investigación.²

En primer lugar, mencionemos que una de las fuentes fértiles para dar cuenta de los discursos sociales sobre la violencia y los miedos que atraviesan nuestra época, es la producción de imágenes y retóricas sobre la escuela y sus agentes, a través de los medios de comunicación. Tengamos presente que la visibilización y el inicio de la constitución del campo científico sobre la problemática de la violencia en el ámbito educativo, en la mayoría de los países, coincide con la mediatización del fenómeno.

En nuestra investigación, hemos recopilado y examinado sistemáticamente de qué modos la prensa escrita nacional e internacional nos coloca frente a informaciones y episodios que refuerzan una serie de creencias sociales que establecen un sentido de la doxa punitiva, que en nombre de ciertos paradigmas científicos, difunden ideas tales como el hecho de que “se puede detectar a un futuro delincuente a partir de los tres años” (en concordancia con la tesis lombrosiana acerca de la existencia del gen de la delincuencia) o bien que “los matones se reconocen en el jardín infantil”. Los medios crean y recrean una forma de sensibilidad específica frente a la problemática de la violencia donde los jóvenes se muestran como peligrosos y la escuela queda bajo un manto de sospecha. La operación discursiva reducci-

onista asocia mecánicamente a la violencia con el delito y hace blanco de la responsabilidad a los jóvenes. Los adolescentes y jóvenes, escolarizados y no escolarizados, son nominados como sujetos amenazantes y fuera de control (de las emociones). Aparecen como los infractores que sobrepasan los umbrales de tolerancia que supuestamente nos adjudicamos como sociedad.

El *miedo a los jóvenes* es uno de los efectos simbólicos prácticos de esta adjetivación como sujetos peligrosos. El miedo es, en el proceso civilizatorio, uno de los motores de la regulación psicológica colectiva. En la perspectiva elisiana, la estructura de los miedos no es más que la respuesta psíquica a las coacciones que los hombres ejercen sobre los demás dentro de la interdependencia social. En lo que atañe a los comportamientos, los miedos son una de las más importantes vías de ligazón a través de las cuales fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas individuales. El motor de esta transformación civilizatoria, la del comportamiento como la de los miedos, está constituido por una alteración completa de las coacciones sociales que operan sobre el individuo, por un cambio específico de toda la red relacional, sobre todo, un cambio en la organización de la violencia.³

Los miedos en sus múltiples modos de existencia en nuestras sociedades se construyen a partir de ideas concretas respecto de lo que se constituye en amenaza. Y allí, se entremezcla la sensación de desprotección y peligro con cierta construcción de sujetos que se activan como agentes de dicha peligrosidad. Estos miedos, por tanto, se aprenden en el proceso de socialización y es en estos procesos de aprendizaje, donde se tejen mecanismos de confianza – desconfianza que resultan básicos en la constitución de subjetividad.

La atribución y auto-atribución de “violento” fabrica un *muro social*, en tanto que límite simbólico producto del proceso de estigmatización de los jóvenes, que opera como mecanismo regulador del umbral de la tole-

rancia tácitamente admitida por y para el orden social, a la vez que da cuenta del lugar que ocupa la diferencia en las sociedades occidentales. No es casual, así, que se piense a los jóvenes como individuos o grupos “descontrolados” o “fuera de control”. Lo cual equivaldría a decir que no se adaptan al régimen de vergüenza imperante en el mundo social del que participan.

Innegablemente, lo que pareciera no operar eficazmente en estos comportamientos es el mecanismo civilizatorio de la auto-constricción y la emoción de vergüenza. La vergüenza deriva precisamente del miedo: miedo a perder el amor, el prestigio, el reconocimiento, sentirse en peligro de humillación y expulsión. La vergüenza es una señal de que algo funciona mal en una formación social.⁴ Pero esta función de control de las emociones, esta relación entre violencia y civilidad, no debe conducirnos a confundirla con los discursos naturalizados acerca del “descontrol” de los jóvenes.

En los procesos de asignación y auto-asignación de etiquetas y tipificaciones, la de “violento” en nuestro caso, se pone en juego una dinámica de poder entre la atribución a un supuesto ser, de unas determinadas cualidades vinculadas a las apariencias. La apariencia de pobre (el hábito corpóreo como indicio de clase o, lo que es equivalente, el cuerpo tratado socialmente), por ejemplo, está asociada a la del ser violento y a la incivilidad en general. Un comportamiento social de cierta cualidad –violento- pasa, de este modo, a ser tratado como un dato esencial de un tipo de individuo o de cierto grupo. Este control de la apariencia puede ser más brutal cuando se ejerce el poder estatal sobre los individuos y grupos subalternos.

Lo que resulta evidente es que se asocia mecánicamente jóvenes, violencia y delito. Y la agrupación es más fuerte en el caso de los jóvenes atravesados por las condiciones de la miseria. No es casual que la violencia delictiva haya creado “una suerte de lengua franca epocal, con gramáticas propias que afectan a la socialidad y a la sociabilidad”, que se expresa en discursos que hegemonizan un pen-

samiento cerrado sobre la inseguridad, sus causas y sus consecuencias.

(...) Entrelazando distintas problemáticas, pobreza, inmigración, desempleo, exclusión social, violencias, el estereotipo dominante del delincuente es el varón joven pobre (‘villero’). (...) La inseguridad es un significativo salido de las entrañas del discurso periodístico sobre el crimen, que terminó reemplazando metonímicamente al delito (MARINE; PEREYRA, 2009, pp.13-14)

Las otras inseguridades han quedado, de este modo, relegadas o directamente invisibilizadas. Precisamente, nuestra perspectiva sobre las violencias en la escuela pretende comprender estas formas invisibilizadas y superar la homologación entre violencia y conducta delictiva. Tarea nada fácil, por cierto, en la medida en que la literatura sobre la relación entre violencia y escuela está atravesada, desde su génesis, por una mirada criminológica. Gran parte de las investigaciones pioneras buscaron identificar qué comportamientos tipificados por el código penal prevalecen en el ámbito escolar. Esta matriz originaria opera en la consolidación de las tradiciones de investigación. El parámetro hegemónico que se aplica para especificar los comportamientos violentos continúa reduciéndose y confinándose al de la violencia criminalística.

Incluso la adopción de la “perspectiva de la víctima” y de las “incivildades” que acogemos en nuestra línea de investigación, discute la pertinencia de transponer acríticamente el instrumental categorial del estudio del delito para comprender las violencias en la escuela. En las indagaciones que incorporan el punto de vista de la víctima, se adopta una definición *ampliada* de la violencia que contempla junto con los actos que transgreden el código penal (definiciones *restringidas* de la violencia), un conjunto de victimizaciones más tenues, designadas a través del concepto genérico de “incivildades”. Dicho concepto remite a prácticas que sin ser necesariamente ilegales, vulneran códigos de convivencia y de buenas costumbres, repre-

La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes

Carina V. Kaplan

La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes

Carina V. Kaplan

sentando una potencial amenaza para el orden del espacio público y de las relaciones sociales que allí tienen lugar. En trabajos pioneros muy difundidos de Sébastien Roché se conceptualiza las "incivildades" como aquellos comportamientos que son percibidos por los individuos como desafiantes al orden social, vividos como una amenaza a los rituales sociales que son comúnmente utilizados por las personas para mantener a cada uno a cierta distancia o a resguardo del otro amenazador.

Por tanto, en el estudio de las violencias, los jóvenes y las escuelas es discutible la pertinencia del abordaje delictual de las prácticas y comportamientos sociales como así también, los paradigmas hegemónicos reduccionistas y deterministas biologicistas bajo los cuales se realizan dichos estudios.

Precisamente, el propósito de nuestro trabajo es contribuir a erigir una alternativa teórica con base empírica frente a las visiones hegemónicas judicializantes y estigmatizantes sobre la juventud. Para lo cual, es imprescindible explicitar varios supuestos. En primer lugar, es preciso asumir que las formas específicas de violencia en las instituciones educativas, si bien no son un correlato directo de los mecanismos más amplios de desigualdad social y educativa, no pueden abordarse independientemente de estos. Por otra parte, retomando las ideas de Norbert Elias, sostenemos que son las sociedades las que tornan brutales a las personas y no su naturaleza individual. También, optamos por el uso del plural, las violencias, por sus múltiples manifestaciones y significados (sin que ello involucre una perspectiva relativista).

Básicamente, nos corremos de toda postura sustancialista y esencialista (racista) sobre la vinculación entre los individuos y los actos de violencia. Deslizamos nuestra mirada hacia los procesos, las prácticas, las mediaciones entre el comportamiento individual y el comportamiento social.

Desde nuestra perspectiva, sostenida en estudios empíricos que abordan los sentidos de las violencias para los jóvenes,⁵ la desigualdad, la fragmentación y la polarización son el caldo de cultivo para la emergencia de com-

portamientos sociales asociados a la violencia. De un modo general, sostenemos la hipótesis de que en un escenario donde el encuentro con el otro diferente se ve surcado por el miedo, y el espacio público se percibe como amenazante, se genera un terreno fértil para la proliferación de comportamientos inciviles y para un proceso de corrosión de la civilidad. Las relaciones sociales que los jóvenes estudiantes establecen en el espacio escolar se encuentran mediadas por las transformaciones estructurales y culturales y por las configuraciones institucionales particulares en las cuales se desarrollan. Otra de las hipótesis que sostenemos es que son las microvictimizaciones las que se vinculan con la producción de los miedos en la vida escolar, aumentando la sensibilidad de los sujetos y promoviendo variaciones en los sentidos que estos le asignan a ciertos fenómenos de violencia.

Ahora bien, es importante añadir aquí que consideramos necesario interpretar la violencia en su doble movimiento: como una práctica de subjetivación y como práctica de desubjetivación (WIEVIORKA, 2001, pp. 337-347). La escalada de los actos de violencia preocupa porque hace patente la descomposición interna de la cohesión social contra la cual las instituciones sociales se muestran bastante limitadas, y también pone en evidencia la complejidad de constituir identidades personales y colectivas profundas y duraderas. Una de las notas bien características de esta época está expresada por Horst Kurnitzky cuando muestra que

la violencia no se orienta sólo contra los extraños, también se dirige en contra de amigos. Los autores de actos de violencia y las víctimas se conocen, pertenecen a la misma familia, banda o pandilla (KURNITZKY, 2002, pp. 60-61).

La violencia también se dirige al propio sujeto, denotando una tendencia a la auto-destrucción producto, entre otras, del sentimiento de sinsentido individual y social. Al cometer las violencias en contra de sí mismo, el sujeto y el objeto se convierten en una misma cosa. La violencia procede de la sociedad y del individuo, y se dirige de nuevo contra

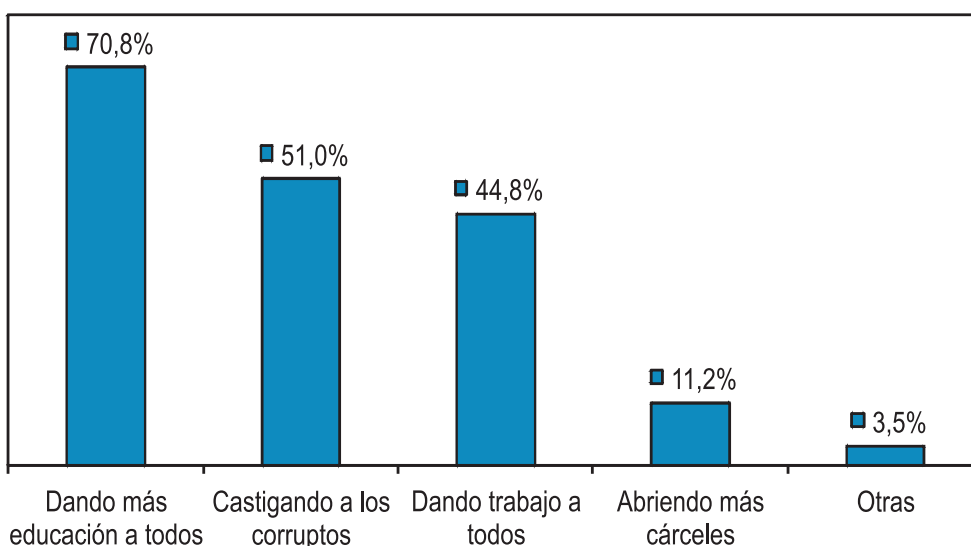
ellos, siguiendo una tendencia a la autodestrucción social.

En nuestra investigación sobre los sentidos de las violencias, se interrogó a los jóvenes de escuelas secundarias acerca de cómo juzgaban ellos que se podía superar la violencia en nuestra sociedad. Sus respuestas dan cuenta del significado subterráneo de la desestructuración social y de sus consecuencias sobre la estructuración de los comportamientos. La dificultad para la escolarización, la corrupción, la imposibilidad de certezas en el ingreso y permanencia en el mercado de empleo y la cárcel como posibilidad cercana, son los motivos principales de las violencias y, por ende, para los jóvenes consultados, marca el territorio donde debiera intervenir.

rizan prácticas de convivencia con otros diferentes? ¿Bajo qué condiciones institucionales y tipo de sociabilidad aprenden a con-vivir con los otros, diferentes y desiguales, sin sentirlos amenazadores? ¿Bajo qué condiciones las escuelas alcanzan a constituirse en ámbitos subjetivantes? ¿Cuál es el lugar del vínculo intergeneracional y del lazo social?

Lo cierto es que el sinsentido de la existencia social, las prácticas de criminalización, la estigmatización y la auto estigmatización, todo ello, configura una sensibilidad particular que necesita ser comprendida en su devenir. La sensibilidad por la violencia es, entonces, una experiencia que se caracteriza por su movimiento y está imbricada con la dinámica de las transformaciones y las reconfiguraciones de nuestras sociedades. Podemos compren-

Medidas seleccionadas por los estudiantes para combatir la violencia en la sociedad. Respuestas múltiples (n=600)



La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes

Carina V. Kaplan

Resulta significativo, entonces, insistir con la pregunta sobre el lugar que ocupa la violencia en la construcción de la subjetividad de los jóvenes en épocas signadas por la desigualdad, la exclusión y la dificultad para conferir sentido a la existencia individual y social. ¿Bajo qué condiciones institucionales los jóvenes tienden a auto-coaccionar sus impulsos e interio-

der cómo percibimos hoy a los jóvenes, y cómo es que ellos se valoran a sí mismos, pero no tenemos certeza de cómo los percibiremos más adelante. Lo que sí podemos afirmar es que la posibilidad o imposibilidad simbólica de construir sentidos de la existencia es lo que se oculta tras el misterio de las violencias.

Notas

¹ Varias de las consideraciones sobre esta cuestión han sido expuestas en el seminario sobre Norbert Elias que dictamos junto con Ademir Gebara (Brasil) y Lucas Krotzsch (Argentina) en la Maestría en Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Mayo de 2009.

² Ver los libros del equipo de investigación coordinados por Kaplan, C. "Violencias en plural. Sociología de las violencias en la escuela" (2006) y "Violencia escolar bajo sospecha" (2009).

³ Estas ideas se encuentran en la obra de N. Elias "El proceso de la civilización" (1989).

⁴ Goudsblom, J.: "La vergüenza como dolor social". En Kaplan, C. (2008).

⁵ Realizamos un profundo trabajo de campo en cuatro ciudades – La Plata, Rio Galegos, Salta y Ciudad de Buenos Aires – en las que entrevistamos a los equipos de conducción, a los docentes y los estudiantes de escuelas secun-

darias. La nuestra intencional estuvo conformada por 16 escuelas secundarias públicas estatales: en cada localidad se seleccionaron dos instituciones que atienden mayoritariamente a sectores populares y dos sectores medios. En estas escuelas, se aplicó un cuestionario administrado a 663 estudiantes que en el año 2006 cursaban los últimos años, donde se indagó sus opiniones y percepciones sobre una serie de dimensiones asociadas a la cuestión de las violencias en la sociedad y en la escuela. Se ahondó fundamentalmente en los sentidos atribuidos por ellos respecto a temáticas como la construcción de la autoridad, la discriminación, el miedo, la vergüenza, la sociabilidad, los comportamientos inciviles, la victimización, la humillación, los proyectos a futuro de los jóvenes, la imagen de los otros otros y la autoimagen. En un proyecto posterior, el que realizamos actualmente, hemos profundizado varias de estas cuestiones a través de la aplicación de *focus group* a un grupo de jóvenes escolarizados.

La sensibilidad
por la violencia
como experiencia
cultural y educativa
en sociedades
de desigualdad.
El caso
de los jóvenes

Carina V. Kaplan

Referencias bibliográficas

ELIAS, Norbert. **El proceso de la civilización**. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

GOUDSBLOM, Johan. "La vergüenza como dolor social". In: KAPLAN, Carina (2008) (coord.): **La civilización en cuestión. Escritos inspirados en la obra de Norbert Elias**. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2008.

KAPLAN, Carina (dir.). **Violencias en plural. Sociología de las violencias en la escuela**. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2006.

KAPLAN, Carina. (dir.). **Violencia escolar bajo sospecha**. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2009.

KURNITZKY, Horst. **Una civilización incivilizada. El imperio de la violencia en el mundo globalizado**. México: Océano, 2002.

MARINI, Stella y PEREYRA, Marcelo (ed.). **La irrupción del delito en la vida cotidiana. Reportajes de la comunicación política**. Buenos Aires: Biblos, 2009.

WIEVIORKA, Michel. "La violencia: Destrucción y constitución del sujeto". **Espacio Abierto**, v.l. 10, n. 3, Maracaibo, Cuadernos Venezolanos de Sociología, 2001.

La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes

Carina V. Kaplan